

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 32.—BARCELONA 1.º DE FEBRERO DE 1915



Artillería alemana cañoneando la ciudad de Reims (en el fondo la catedral) (Dibujo de G. Bachem)

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. La Bukovina como cebo.—II. La neutralidad de Bélgica.—III. Los explosivos prohibidos

I.—La Bukovina como cebo

El pequeño territorio de Bukovina es el cebo que se viene ofreciendo a Rumanía para que intervenga al lado de Rusia contra Austria. Los más inclinados a mover a los rumanos llegan a decir que también se cederá a éstos la Transilvania, cumpliéndose así una de las aspiraciones nacionales del reino danubiano.

Rumanía es de origen latino; su idioma tiene mucho parecido con el italiano y el español, aunque contiene palabras de procedencia eslava y húngara. La antigua colonia romana fundada por el emperador Trajano en Dacia es la actual Rumanía. Pero aquella provincia romana (de donde viene el nombre Rumanía), no comprendía sólo la Valaquia y la Moldavia, cuya unión en el siglo pasado dió lugar al principado, primero, y luego al reino de Rumanía, sino que se extendía también a la Bukovina, parte de la Transilvania y la Besarabia.

La Bukovina (cuya capital es Czernovitz, 70 mil habitantes) tiene una población de 750,000 almas, siendo el 40 por 100 rumana, y el resto húngara, alemana, judía, polaca, etc. Situada en el extremo

SE. de la Galizia, no está separada naturalmente de esta provincia austriaca, dividiéndola de la Transilvania y de Hungría los Cárpatos, cuyas estribaciones en parte también la alejan de Rumanía. Pertenece a Austria desde 1777, por cesión que de ella le hizo la Puerta Otomana. En aquella época no existía Rumanía, siendo sus dos provincias parte del Imperio turco.

También en Transilvania hay muchos habitantes de origen rumano, pero la proporción es menor que en Bukovina, y los lazos que unen a aquel país con Austria-Hungría son mucho más fuertes, porque la Transilvania pertenece a la doble monarquía hace más de mil años. Rodeada en gran parte de su perímetro por los Cárpatos y los Alpes transilvanos, es el punto obligado de un ataque de los rumanos contra Austria. De aquí el interés que demuestran los rusos por ocupar la Bukovina y penetrar en Transilvania.

Pero hay otra región mucho más rica y poblada, en la que los elementos romanos predominan y no está incorporada a la monarquía, sino que al contrario fué segregada de ella al erigirse el principado en reino con ayuda de Rusia: es la Besarabia. Forma parte del Imperio ruso, y constituye una presa mu-

cho más importante y valiosa que la Transilvania y la Bukovina juntas.

Que Rumanía se apresta a extender su territorio y reconstituir su plena nacionalidad no hay duda. Lo que es más dudoso es si se lanzará a la guerra. Recuérdese lo que hizo en 1913: esperar que Bulgaria estuviera desangrada, para sin disparar un tiro apoderarse de lo que le convenía: no en vano Rumanía es discípula e hija de Roma; está siguiendo la conducta de Italia, inspirada en su propia conveniencia y en el deseo de obtener lo más exponiendo lo menos.

Puede pronosticarse que Rumanía no se apresurará ni tomará resoluciones que pudieran serle fatales, sino cuando todas las probabilidades de éxito estén a su favor. Una equivocación o una intervención prematuras podría costarle su independencia.

Si Rumanía comprende que los rusos han de derrotar decisivamente a Austria, se pondrá al lado de los primeros antes de que su ayuda llegue tarde y por consiguiente sea ineficaz. Si, al contrario, ve que Rusia va a ser vencida, Rumanía volverá su vista a Besarabia y se pondrá al lado de Austria. Pero también pudiera suceder que, a pesar de sus buenos y patrióticos deseos, las complicaciones balcánicas y la presión de sus poderosos vecinos la induzcan a dar un paso aventurado, aunque se resistirá a ello con toda energía hasta el último momento.

II. — La neutralidad de Bélgica

A raíz de la ocupación de Bruselas por los alemanes, se dieron a conocer ciertos documentos encontrados en los archivos del Ministerio de la Guerra belga, según los cuales databa ya de fecha relativamente antigua el concierto anglo-belga en caso de un conflicto franco-alemán. O tenían los belgas mucha confianza en sus propias fuerzas, o incurrieron en un descuido casi inexplicable, pero es el caso que aquellos documentos fueron completados por otros hallazgos, que acabaron de poner en claro la cuestión. El gobierno belga, lo mismo que el inglés y luego el francés, trataron de negar las aseveraciones de los alemanes, pero éstos con su constancia imperturbable, fueron amontonando prueba sobre prueba; no fué la de menos peso el descubrimiento de que las órdenes de movilización de los cuerpos estacionados en el distrito de Sedán, por lo menos, contenían el plano de las provincias belgas limítrofes, y no el de las comarcas alemanas o de las francesas fronterizas, lo que demostraba que la ofensiva francesa había de tener lugar a través de Bélgica. Prescindiendo de estas disputas diplomáticas, todos sabíamos el compromiso anglo-francés, mediante el cual los ingleses desembarcarían un ejército para cubrir la frontera belga y obligar a los alemanes a dirigir su ataque entre Verdun y Belfort. Si los ingleses abrigaban algún plan a expensas de Bélgica o relacionado con el Escalda, o si su ofrecimiento era más desinteresado, es cosa que importa poco, toda vez que aquel plan no ha podido realizarse por haberse adelantado los alemanes. Y en las columnas de esta *Revista* se han indicado datos más que suficientes para demostrar que Bélgica no persiguió desde el primer día la defensa *exclusiva* de su neutralidad, sino que

se condujo ante todo como nación beligerante. Hay que hacer, no obstante, una distinción: el país, el pueblo, creyó en aquellos días, y sigue creyendo, que luchaba por el derecho atropellado y por su neutralidad, pero los elementos directores, los responsables de lo que ha sucedido, no pueden pretender escudarse en lo mismo, porque la cooperación de los oficiales franceses al lado de las tropas belgas, la libre entrada de fuerzas francesas en aquel reino, y el concierto entre los dos cuarteles generales, datan del primer día de la guerra, del día de la invasión de Bélgica.

El pleito ha quedado fallado hace mucho tiempo y todas las personalidades imparciales han acabado por reconocer que Bélgica ha obrado como nación beligerante, y que estaba dispuesta a tomar parte en la guerra al lado de los aliados. Todos lo sabemos, y nadie tiene ya duda, menos los desgraciados habitantes de aquel laborioso país, víctimas de la torpeza y de la ambición de sus elementos directores y de la terrible vecindad de dos poderosos rivales: ellos siguen creyendo, y crearán mucho tiempo, que han sido atropellados y que si los alemanes no les hubieran invadido, ahora estarían gozando de las dulzuras de la paz.

¿Por qué, pues, Alemania sigue aportando datos y datos para demostrar la complicidad de Bélgica, y no descansa en su tarea de reproducir documentos, facsímiles, fotografías y cuanto pueda llevar el convencimiento al ánimo del más incrédulo? La respuesta no puede ser más evidente.

La fuerza es el derecho, sobre todo en tiempo de guerra, pero a todos gusta poder decir que la fuerza es la amparadora y la vindicadora del derecho. Las apariencias y las buenas formas tienen mucha importancia en nuestra época, y no las desatiende ni la nación más poderosa.

Si Alemania ha demostrado que Bélgica se condujo como beligerante, dicho queda que puede aplicarle la ley del vencido el día que se firme la paz, si ésta consagra el triunfo del Imperio. En tal concepto, es procedente la anexión de todo el reino, toda vez que se intimó al Gobierno belga por dos veces que permitiera el paso de las tropas alemanas, y la segunda vez se conminó con arrojar toda la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir sobre el Gobierno belga, llegándose a amenazar con la pérdida de la libertad nacional. Mientras que si se demostrara que Bélgica no hizo más, ni quiso hacer más, que defender su neutralidad, sería un verdadero e incalificable atropello el desposeerla de su independencia. He aquí el interés que han tenido los alemanes en hacer pública la verdadera conducta de los gobernantes belgas. Y como el discutir esta cuestión sólo conduciría a que el público se enterase cada vez más de la razón que asiste a los alemanes, a las pruebas que un día y otro van acumulando los teutones, responden los tres aliados con el silencio, con el vacío, que no deja de ser un arma temible.

III. — Los explosivos prohibidos

En las ilustraciones francesas, alemanas, inglesas, etc., se han publicado fotografías de balas dumdum empleadas por las tropas enemigas y de los terribles efectos que causan en el cuerpo humano.

Los convenios internacionales sobre las leyes de la guerra, prohíben el empleo de balas explosivas, toda vez que el único efecto que deben producir los proyectiles es inutilizar a los combatientes para mientras dure la guerra, a lo sumo, pero no causarles la muerte irremediamente, ni dejarlos inutilizados de por vida, ni mucho menos producirles sufrimientos inútiles para los fines propios.

Cuando la guerra en el Africa del S., los ingleses acusaron a los boers de emplear proyectiles explosivos, y también los boers dijeron lo mismo de sus adversarios. Más tarde, durante la campaña en Manchuria, se produjo alguna queja análoga, pero de tarde en tarde. Mientras que ahora las inculpaciones mutuas tienen lugar casi a diario, y en verdad que las pruebas son convincentes, por lo menos en apariencia.

Cuesta trabajo creer que naciones civilizadas quieran exponer a sus hijos a los horrores de heridas causadas por tales explosivos; pues claro está que el ejército que se valga de tales elementos ha de esperar verse combatido en la misma forma. Si la pasión no hubiera cegado las más claras inteligencias, es de suponer que se hubiese encontrado ya el motivo de la aparición de los proyectiles explosivos: tal vez sea defecto de construcción, originado por la prisa y la enorme cantidad de producción, o por la mala calidad de los metales; acaso sea consecuencia de alguna mano criminal o poco escrupulosa, que mezclara los proyectiles ordinarios con los dum-dum; quizás muchas de las heridas atribuidas a dichas balas son fenómenos debidos al choque o al rebote; posible es que los efectos haya que atribuirlos a la economía humana y a la extraordinaria velocidad del proyectil... Las conjeturas son muchas, pero nada puede afirmarse en concreto.

Los beligerantes han acudido en sus reclamaciones a los tribunales suizos, pero éstos, que al fin y al cabo representan a un país neutral que no quiere malquistarse con nadie, no han pronunciado aún su juicio, y a los ojos de los neutrales todos los beligerantes son culpables de haber faltado más que a una regla de derecho internacional, a lo que disponen la humanidad y la caridad.

F. LARÍN.

LAS BATALLAS DE LORENA

por Antón Fendrich

La caída de la fortaleza de Lieja el sexto día de la movilización comenzó a echar por tierra las esperanzas de los franceses, y el golpe que contra Mulhausen contuvieron, cuatro días más tarde, nuestras tropas de landwher del ejército del sur, tampoco figuraba en el programa de nuestro adversario. Estos dos hechos desbarataron los planes de los franceses —aquel porque la invasión del cómplice Estado belga por los cuerpos de ejército alemanes tuvo lugar antes que la entrada de los franceses en el mismo país, y éste porque su precipitada ofensiva fracasó por completo—; volvieron todas las miradas en Alemania hacia la frontera franco-belga en el O. y sobre la alta Alsacia en el S. De allí esperábamos que llegarían noticias sensacionales y que en tales

lugares se verificarían hechos notables, pero en el mundo las cosas no se desarrollan siempre como se espera. Los franceses habían aprendido mucho desde 1870.

Confiaban en que los alemanes se estrellarían, primero, contra los fuertes barreras acorazados de la frontera, y enseguida que la presión del poderoso aliado ruso se dejaría sentir en términos abrumadores. Toda la guerra debía descansar sobre estos dos hechos fundamentales: el ataque simultáneo y rápido desde las dos fronteras del O. y del E., confirmándose la vieja verdad de que no hay mejor protección que el ataque y que quien da primero da dos veces. De esta suerte, mientras nosotros aguardábamos la noticia de la caída de Namur y se susurraba que nuestro ejército estaba comenzando el asedio de Belfort, los franceses, desplegados en un vasto frente, invadían la Lorena, entre Metz y los Vosgos.

¿Debemos acaso ocultar que este hecho fué una sorpresa, no sólo para quienes permanecíamos en Alemania, sino también, muy probablemente, para la dirección de nuestros ejércitos? No es de extrañar que los franceses confiaran en que el rápido éxito de su centro en Lorena tendría como consecuencia mejorar extraordinariamente la situación de su extrema izquierda y de su extrema ala derecha. Por fortuna estaban prevenidas nuestras fuerzas para recibir convenientemente al audaz atacante.

El prólogo del sangriento drama, desarrollado en un teatro que a vista de pájaro mide unos cien kilómetros de ancho, fué el combate en la aldea lorenesa de Lagarde. Este lugar, de graciosos campanarios, está situado a corta distancia de la frontera y junto al canal, trazado en línea recta, por donde corren lentamente las aguas entre el Rhin y el Marne. En la mañana del 11 de agosto, una brigada francesa de vanguardia entró en la aldea sin disparar un tiro, se apoderó de ella y montó varias ametralladoras en el campanario de la iglesia. Por nuestra parte no se encontraba allí más que una débil guardia fronteriza, que en vano había explorado el terreno para ponerse en contacto con el enemigo. Una columna nuestra, sin reparar en que el efectivo del enemigo era doble, le atacó sin vacilar, y tras un empeñado combate de siete horas bajo los rayos ardientes de un sol de agosto, le obligó a replegarse hacia el bosque de Parroy. Comenzó inmediatamente el tiro de la artillería contra Lagarde; al tercer disparo, la torre de la iglesia se derrumbó.

La infantería adelantó sin pérdida de tiempo al ataque. El enemigo se había atrincherado en una ceja del terreno y se defendía con tenacidad. Fué necesario asaltar una línea de trincheras después de otra.

La labor de ir atacando tan pronto cuesta arriba como cuesta abajo, con un calor horrible, con los campos cubiertos por la avena, muy crecida, era ciertamente muy dura. Por fortuna, los franceses disparaban alto, como siempre en esta guerra, y nuestras bajas no eran grandes. Nuestros uniformes grises les despistaron y les hicieron apreciar mal la distancia de tiro, dando lugar a que tomaran un alza demasiado grande. La resolución correspondió a última hora a un atrevido ataque de flanco emprendido por la caballería alemana. Fué una carga mortal. Cuando después del combate uno de los capitanes



Carga de los húsares bávaros en el combate de Lagarde. — (Dibujo de Fritz Bergen)

pasó lista a su escuadrón, de los 142 hombres que lo integraban sólo estaban presentes 58. Entre ellos figuraba el trompeta.

Su instrumento, que al principio lo llevaba a la espalda, se lo puso luego al pecho para poderlo tocar con más facilidad, y le salvó dos veces la vida. La trompeta quedó inutilizada, no hay que decirlo. Al resonar el toque de carga, nuestra caballería emprendió un galope desenfrenado. Al huir, los franceses presentaron magnífico blanco a nuestros tiradores de infantería, porque sus capotes recogidos y sus pantalones rojos, brillaban mucho heridos por los rayos del sol. El enemigo huyó en dispersión hasta el hermoso valle del Seille, y desde allí hasta el bosque de Parroy, en cuya cumbre pronto comenzaron a estallar las granadas alemanas. Una fracción enemiga quedó cortada por el ataque de nuestra caballería y se entregó prisionera. Los soldados prorrumpieron en gritos de perdón, al acercarse nuestros ginetes, y señalaban expresivamente con sus brazos que se rendían, besando las manos y los pies de nuestros soldados, cuando, con gran asombro de los franceses, los nuestros no les dieron muerte, sino que se limitaron a cogerles prisioneros.

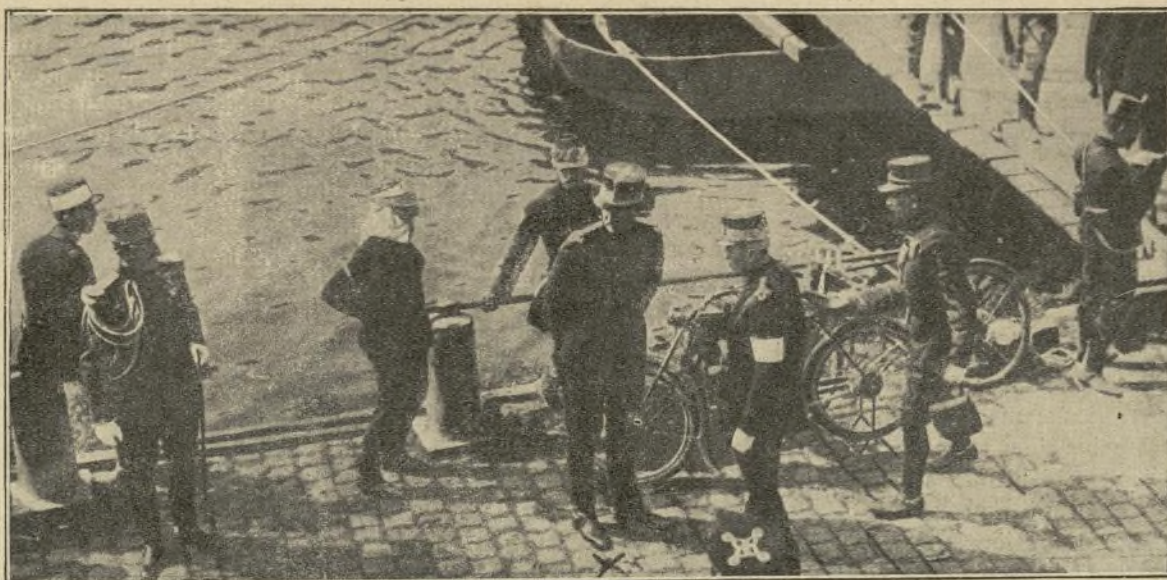
Este combate puso en nuestras manos mil prisioneros y varios cañones.

La derrota de Lagarde se debió a una falta cometida por los franceses, una de las mayores faltas en que puede incurrir una tropa en campaña: el reconocimiento a viva fuerza de las tropas del enemigo. La brigada mixta francesa no fué capaz de reprimir su deseo de internarse en nuestro territorio, y su movilidad quedó anulada por la presencia en ella de fuerzas de infantería. La historia de la guerra está llena de ejemplos de fracciones aisla-

das que se lanzan contra el enemigo y provocan situaciones imprevistas y a veces funestas. Del lado



S. A. el príncipe Cárlos, heredero del trono de Rumanía



S. M. el rey Alberto de Bélgica (X) con sus ayudantes, viendo un puente de pontones tendido por sus tropas

alemán, tuvo lugar este hecho en la batalla de Woerth, en 1870, que en modo alguno se pensaba librar: la brigada Walter emprendió un combate de reconocimiento, se empeñó seriamente en fuego y fué apoyada por el V cuerpo, primero, y luego por el XI; cuando el príncipe real dió la orden de suspender el combate, era ya tarde, porque los dos cuerpos de ejército se habían lanzado al ataque, y la única probabilidad de conquistar la victoria consistía ya en seguir la batalla, arrojando contra el enemigo todas las fuerzas disponibles.

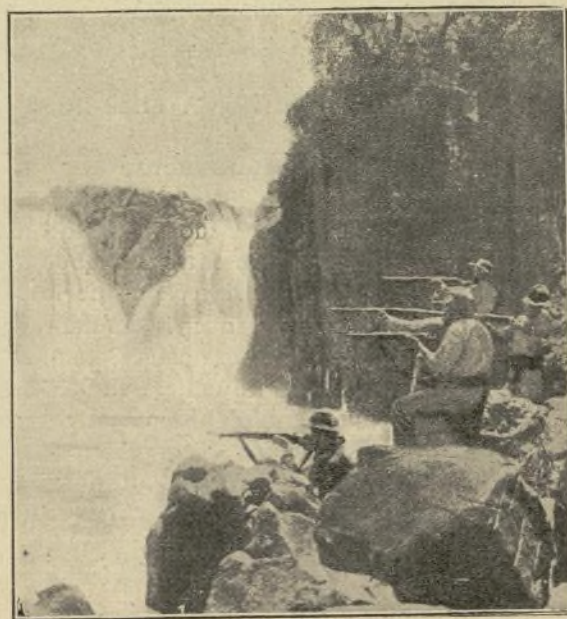
Otros varios combates, de menos importancia que el de Lagarde, no tuvieron otro objeto que el de facilitar la marcha del ejército alemán hacia el centro de la frontera francesa del NE., para que se desarrollara tranquilamente y sin tropiezos. Bajo el mando de tres príncipes alemanes, a saber, el duque Alberto de Wurtemberg, el príncipe imperial de Alemania y el príncipe real Ruperto de Baviera, avanzaron en tres direcciones, aunque en perfecto enlace, las tropas alemanas, fuertes de trescientos

mil hombres, contra la frontera francesa entre Luxemburgo y el monte Donon. El grueso francés, al que pertenecía la brigada derrotada en Lagarde, cruzó a su vez la frontera de Lorena al fin de la segunda semana de movilización, y antes de lo que esperaba tropezó con los alemanes, que ni estaban desprevénidos ni vacilaban sobre lo que debían hacer en aquel terreno conocido hasta en sus más nimios detalles por los comandantes de nuestras tropas.

Aquí se encuentra el terreno de los amores del más viejo soldado del ejército alemán, el general feld-mariscal de setenta y ocho años conde de Haeseler, tan venerado y querido a la vez por los oficiales y la tropa, y el cual no ha querido dejar de acompañar al ejército, en coche y a caballo, para fortalecerle con sus consejos y ser su mentor. Aquí, ni las miradas ni el viento pueden recorrer vastas llanuras, porque el terreno es muy quebrado. Las carreteras ascienden y bajan por las montañas y parece que unan el cielo con la tierra. Los paisajes son limitados y movidos. Los taciturnos campesinos lo-



El nuevo mortero francés, de sitio



Una avanzada de los insurgentes en el Africa del Sur

reneses, con sus capotones, guían aquí los arados arrastrados por cuatro robustos caballos para cortar la tierra extremadamente dura de los campos. Este es el país que Ermann-Chatrian han descrito tan a menudo en sus cuentos. En aquellos bosques y colinas subsisten todavía cierto número de municipios genuinamente franceses, que bajo la administración alemana forman una organización equívoca. Su temperamento reconcentrado fué causa de que jamás los loreneses abandonasen su idioma francés tan amado. De aquí que la invasión francesa no tropezara con grandes dificultades. No solamente entraron los soldados franceses en las casas de las antiguas familias alemanas como en país conquistado, que les había sido arrebatado cuarenta años antes, sino que también muchas «vieilles familles du pays» recibieron el mismo trato. Muchos de sus desmanes no fueron permitidos por sus oficiales; de aquí que la emoción se apoderara de los habitantes, especialmente de las mujeres, al saber que se aproximaban los franceses. En una aldea cercana a Saarbürg, una muchacha compró un par de zapatos nuevos y marchó al baile, donde estaban los franceses; pero éstos la echaron de allí. Un coronel francés fué obsequiado al entrar en Saarbürg con un ramo de rosas, y las deshojó en el acto. A los tres días conocieron los franceses que se acercaba la hora del término de su dominación, y se condujeron de modo que su recuerdo fuera inolvidable. Bombardearon las paredes y muebles de sus alojamientos con huevos, ensuciaron las camas y regaron el suelo con confituras. En una palabra, obraron como los mozos depravados de las grandes capitales. (1)

En la noche del 19 al 20 de agosto el reloj señaló la hora de que las cosas volvieran a tomar su cauce normal. A media noche, el telégrafo de campaña avisó que veinte horas antes había recibido el ejército alemán la orden de atacar; y efectivamente, al amanecer el siguiente día aparecieron sobre las posiciones francesas las nubecillas características de la explosión de los shrapnels alemanes. La gran batalla, que ha de figurar en la historia del mundo, acababa de comenzar.

(Concluirá)

EPISODIOS DE LA CAMPAÑA AUSTRIACA

Una noche en Jaroslau

Durante esta guerra he pasado noches de muy diferentes maneras: noches en el tren, cuando aún se notaba en éste la presencia reciente de los heridos que había transportado; noches tendido sobre un lecho de paja en alguna choza polaca; una noche en un castillo, el día antes de que llegasen los cosacos; siempre estas noches fueron sombrías y tristes. El ruido de la guerra no dejaba apenas descansar, y no era posible olvidar la situación en que nos encontrábamos. Invariablemente un pensamiento nos dominaba. Y siempre teníamos algún compañero, ya un guerrero, ya un herido. Con temor veíamos acer-

(1) Fieles a nuestra costumbre de no publicar nada que pueda menoscabar el buen nombre de los ejércitos beligerantes, suprimimos algunos conceptos del original. Los conservados, no manchan ni infaman la reputación del ejército francés. (Nota de la R).

carse la noche, y al dormir, el sueño nos repetía las impresiones del día. Aquí, en Jaroslau, en la noche del 30 de octubre, mis impresiones fueron de otra clase. Entramos en una ciudad que parecía dormida; tan grande era el silencio y la inmovilidad que en ella reinaban; pero no era posible que el sueño se hubiera refugiado allí, porque llegaba muy claro el ruido de los cañonazos disparados en las orillas del San, y los estampidos de las descargas hacían temblar los muros de la ciudad.

Anochea, el cielo estaba brumoso y oscuro. No recuerdo haber visto nada parecido. Creo encontrarme en una ciudad embrujada; pero esto no es posible, porque entre las sombras de la obscuridad percibo las siluetas de conocidas torres, los perfiles de puentes que ya he visto en otras ocasiones; recuerdo que sobre las tranquilas aguas del río se deslizaban los cisnes, que por las puertas de la villa a medio día se destacaban las apacibles figuras de las monjas. Ahora, Jaroslau es una ciudad de brujas. Acaso es una ciudad de cadáveres. Desecho estos sombríos pensamientos y asciendo hacia ella. La estación está sombría. Todo está mal alumbrado. Por doquier la misma obscuridad que en los dos coches en que hemos viajado. Como la locomotora de nuestro tren, todo alrededor está en sombras. El centinela resalta sobre la mancha negra como si le hubieran recortado en un trozo de cartón. De ninguna de las ventanas de la estación sale un rayo de luz. Una lamparilla de petróleo no disipa las tinieblas, y sólo sirve para que se distinga su débil llama y para hacer más tétrica la sala. Cuando los empleados de la estación se acercan a los amarillentos rayos de aquella lámpara, sus fatigados ojos brillan siniestramente en las cuencas, que parecen internarse como cavernas en la cara. Estos empleados se refugian en los sótanos cada vez que una granada de nuestros morteros cae por allí. El puesto de guardia permanece impávido, mirando en la dirección del fuego, hacia donde van sus pensamientos. La escena me es incomprendible.

Me dirijo a la ciudad. La impresión de muerte es cada momento más acentuada. El silencio es mayor aún que el de la muerte. Nada se ve ni se oye a lo largo de los negros muros de la villa. De vez en cuando se advierte que estos muros pertenecen a edificios. Sus ojos, sus ventanas, están cerradas. Y aquí viven personas. ¡Veinticinco mil personas! Así lo he leído en una guía de Galizia. ¿Dónde están? ¿Dónde está la ciudad? Yo recuerdo que aquí hay iglesias, un convento, que aquí se celebran ferias y mercados, que florece la industria, que hay un Hotel Nacional, donde se puede comer bien, que hay cafés, uno, dos, tres... ¿Dónde está todo esto?

Parece que de la ciudad no quedan más que los bastidores y las decoraciones, como si estuviéramos en un teatro cuando a altas horas de la noche lo han abandonado los actores y los espectadores, y sólo queda la luz del retén de bomberos. Todo está envuelto en las tinieblas: rincones, puertas, callejas que parecen ascender hacia el cielo. Pero no, yo ahora sé dónde me encuentro. Veo una luz y enseña un cuerpo de guardia: un casino de oficiales; en la guardia un cartel reza: «No hay nadie». Pero yo penetro en el interior. Una gran mesa, un par de cuadros, un mapa de Galitzia; la lámpara lanza

sus últimos destellos porque hace días que arde sin que nadie se haya ocupado en ella. Sobre la mesa, vasos con restos de vino y pedazos de periódico del mes de septiembre. Los oficiales están ahora en las baterías, en las trincheras... ¡Dios sabe si retornarán algún día al casino! ¡Dios sabe si de nuevo volverán a comer, a beber, a fumar, en este casino que amaban tanto!

Esto era Jaroslau en la noche del 30 de octubre.

La muerte en Radymno

Un segundo teniente y dos voluntarios de un año, debían llevar a Jaroslau noticias del enemigo. Cerca de Jaroslau está Radymno. En Przemysl supieron que los caminos de Radymno habían sido cañoneados por los rusos. Pero los tres pensaron lo mismo: «No debe haber tanto peligro como dicen; lleguémos a Radymno». Habían entrado dos veces en fuego sin que les ocurriese ningún percance. En el café Stieber, de Przemysl, bebieron una botella de blanco borgoña. El segundo teniente se resistió a beber vino francés, pero al fin se decidió: «Os aseguro que cuando llegue la paz no beberé jamás de este vino blanco», exclamó, y vació el vaso. Enseguida montaron a caballo y tomaron el camino de Radymno. Era mediodía.

Pero las noticias que debían traer no llegaron. Pasó tiempo, y ni se supo de ellos ni se les volvió a ver. Se les suponía extraviados, acaso muertos, tal vez prisioneros. Era un jueves.

El domingo, un automóvil cruzó por el camino hacia Radymno. El fuego iba retrocediendo hacia esta ciudad, cañoneando nuestras baterías al enemigo, que retrocedía. A distancia, la ciudad parecía tener su aspecto normal. Las casas se alinean unas junto a las otras hasta el puente, y más allá se amontonan sin regularidad. Todas estaban vacías, y los vecinos, al huir, habían atrancado las puertas, poniendo detrás de ellas los cofres y las cajas más pesadas. Detrás de muchas ventanas se veían las cortinillas de muselina, un par de manzanas rojas y un par de tarros con mermeladas. Ninguna señal del enemigo, ni ningún rastro de la guerra. Ante una de aquellas casas, con las rojas manzanas en la ventana, se destacaba un pórtico cubierto, por cuyas pilastras se encaramaba una parra, la cual en septiembre tenía el color rojizo, en vez del gris que ostentaba en verano, y allí se encontraban tres caballos, escarbando impacientes con sus remos las secas hojas de los árboles. Al acercarse el automóvil relincharon y volvieron la cabeza; pero su relincho no fué expresión de reconocimiento, sino que pareció el aullido de una fiera.

El automóvil tuvo que moderar la marcha al acercarse a este lugar, porque casi enseguida el camino se precipita en una fortísima pendiente. El teniente vió los tres caballos, echó una ojeada al pueblo, no descubrió tropas en él y le pareció que aquellos síntomas no eran tranquilizadores. Dió orden al chauffeur que parase, saltó del coche y se dirigió a donde estaban los caballos, observando que dos de ellos estaban fuertemente sujetos a unas acacias y que el tercero se había soltado, pero que permanecía junto a los otros dos como si no quisiera separarse de aquel lugar. La cabeza de los caballos se

inclinaba tristemente al suelo, como si les apenara algo. Una rápida mirada le bastó al oficial para reconocer en las monturas de los caballos el equipo de la caballería austriaca. Los bolsillos de la silla estaban casi intactos, y sólo en una de ellas se conocía que una de las correas había sido aflojada, como si el jinete hubiera querido sacar algo, pero que enseguida la había vuelto a dejar. No costó mucho abrir la puerta de la casa, bastando levantar el picaporte y empujar las hojas para franquear el paso. Quedó al descubierto un largo vestíbulo, un corredor, con un cofre, un arca grande y pesada, y un cuadro, representando la entrada triunfal de uno de los antiguos monarcas de Polonia. El pasillo dividía a la casa en dos mitades, y terminaba en un patio donde se encontraba un henil. Una de las puertas de la izquierda no estaba cerrada, sino solamente entornada. El teniente la empujó con el pie. En la ventana se veían las manzanas rojas, y dos camas en el cuarto, intactas y con la ropa en orden. Pero entre ambos lechos se destacaba una segunda puerta, abierta por completo. El teniente echó una mirada hacia el interior.

Muchos cuadros tristes había ya observado en esta guerra, y estaba familiarizado con escenas macabras, de manera que no se impresionaba fácilmente. Pero fué tan inesperado lo que aquí vió, que no pudo reprimir un grito de horror; una depresión momentánea se apoderó de él, sintió un vivo dolor, y tuvo que salir del cuarto, sin darse cuenta, para ganar el pasillo; necesitó dar algunos pasos para recobrar el aliento. Permaneció ante la casa un instante como si le hubiesen pegado un tiro, y llamó al chauffeur porque no se sentía con ánimo para presenciar de nuevo la escena que había visto. Al entrar los dos en el cuarto, vieron las manzanas rojas siempre en la ventana, pero en el aposento interior, dos muertos aparecían junto a la mesa y un tercero recostado en una otomana, con la cabeza apoyada en el almohadón bordado en sedas. El pavimento estaba despedazado; un shrapnel había entrado por la parte posterior del tejado y estallado en el centro de la habitación, y en el pecho del último muerto, allí donde se acostumbra llevar la roseta, se distinguía el orificio causado por un balín; el suelo, en todos sentidos, mostraba las señales de los cascos. Se reconocía fácilmente la dirección del proyectil, porque a través del agujero abierto en el tejado brillaba el firmamento. Me contó el teniente que uno de los voluntarios de un año tenía en la mano una tarjeta postal y se encontraba en ademán de escribir: en la parte anterior, que figuraba la reproducción de un retrato de mujer por Axentovicz, se había escrito la palabra «Señorita». Delante del segundo voluntario, su cantimplora había caído al suelo y su contenido derramado casi totalmente. La cabeza del tercero, que era el oficial, se apoyaba sobre el antebrazo izquierdo descansado sobre la mesa. Parecía vivo. El automovilista se incautó de los documentos encontrados en los bolsillos de las víctimas y los entregó personalmente a sus padres.

El cuarto número once

En la sala de espera de los baños de Przemysl están sentados varios soldados desde las ocho de la



Mujeres de la Bukovina delante de un cuartel, esperando la salida de sus esposos, llamados a filas, para darles el adiós de despedida

mañana. Apenas hay sitio para todos, porque la capacidad es para ocho personas y son diez, que han llegado todos al mismo tiempo con la esperanza de ser los primeros. No hay más que cinco gabinetes y cada baño de vapor ha de ser preparado previamente. Los soldados han entrado en grupo, porque su

sargento ha tenido la idea de que habían de bañarse aquella mañana.

La señora obesa, que parece una bolsa de bombones y permanece sentada junto al mostrador, anuncia con voz gangosa: «¡Número siete!» El número siete es un soldado de sanidad, con gafas, que



Artillería francesa de campaña pasando por uno de los pueblos del valle del Marne



Los nuevos abrigos de pieles de que ha sido dotado el ejército alemán

está sentado en el raído sofá de felpa. Había llegado a las seis y media de la mañana, y un soldado, recordando lo que sucede en los combates, exclamó zumbonamente: «La sanidad ha de ser la última». Al ser llamado se pone muy contento, porque han llegado después que él dos tenientes, un capitán de

caballería, y un suboficial de intendencia, los cuales han de esperar que les llegue el turno. Se precipita hacia el gabinete, donde humea el aire caliente característico de los establecimientos de baños. Los otros han de tener paciencia, lo mismo los oficiales que los soldados, porque aquí no hay cate-



En las fronteras de la Prusia Oriental: un destacamento de ciclistas alemanes conteniendo el avance de un cuerpo ruso de caballería

gorías. El número siete ha de entrar antes que el ocho.

Un oficial llega desde la calle, y al entrar, todos los soldados se ponen de pie y le saludan. El oficial apenas hace caso al saludo y no ciertamente porque lo desprecie, sino porque le ocupan estas reflexiones:

«El baño es un asunto de incumbencia exclusivamente personal. Deseo estar solo con mi cuerpo entre las cuatro paredes del gabinete. Durante muchos días y noches he permanecido con mis camaradas y con los soldados, y ya es tiempo de que me ocupe en mis cosas personales, aunque sólo sea durante una hora. ¿Por qué me saludarán y me mirarán con tanta atención?»

El número nueve alberga momentáneamente a un teniente de la reserva, que durante varios días ha estado encerrado en un fuerte destacado, viviendo mientras ha durado el sitio en una especie de nido de topos, excavado en la tierra. Los rusos han cañoneado furiosamente aquel lugar. Nadie podía asomar la cabeza sobre el terreno, y un hombre que por chanza se atrevió a hacerlo, fué herido de dos balazos en la cabeza y en un hombro. Es espantoso tener que vivir bajo la tierra, lo mismo que en una tumba. Esta mañana ha venido el teniente por vez primera a la ciudad, y ha pasado una hora voluptuosamente en casa del barbero, que le ha cortado las greñas y le ha arreglado a la moda sus barbas medio salvajes. Ahora está en la casa de baños, como si esperase llegar al pináculo de la civilización.

Un voluntario de dragones duerme en un rincón. Aunque todos le miran, él se ha entregado al sueño, y cuando le toca el turno entra en el gabinete con el mismo desenfado que si estuviera acostumbrado a bañarse todos los días en su casa. Ya dentro del cuarto, tres peldaños conducen a la pila. Sobre la mesa de mármol hay una tohalla, cepillos, esponjas y agua de Lubin. Pero al parecer no es agua lo primero que necesita su cuerpo, sino que comienza por desentumecerse y estirar todos sus miembros, como si la grasa que le cubre le hubiera privado la libertad de movimientos y necesitara hacer alguna gimnasia; lo mismo que un eje al que hay que engrasar para que empiece a funcionar.

De pronto se ponen todos de pie. El coronel de un regimiento de húsares aparece en la puerta. Su asistente, detrás de él, lleva en un lío la ropa limpia. Llevaba muchas horas en la silla, apenas ha dormido algunos ratos sobre el duro suelo, ha comido un pedazo de carne y bebido media botella de coñac, y dentro de poco ha de volver a montar. No es exageración. El coronel recibe el número once. El teniente de la reserva ha desaparecido por la puerta del gabinete, y como se oye hervir el agua en el cuarto número diez, todos tienen el presentimiento de que pronto quedará otro lugar disponible. La señora del mostrador dice respetuosamente al coronel: «Enseguida corresponderá la vez al número once».

Entra un delgado y altísimo cadete y en pos de él un teniente de zapadores. Todavía se abre de nuevo la puerta y se precipita dentro un hombre que probablemente no ha abierto ni cerrado nunca una puerta con cuidado. Le cubre completamente el polvo del camino. Es un cazador, con su mochila muy repleta, un joven soldado distinguido, con as-

pecto de niño y un bozo apenas visible sobre el labio superior. Por las trazas ha debido hacer una marcha muy larga, y el barro ha formado una costra sobre sus botas y vestido, porque la lluvia ha caído sobre el polvo que los cubría. Entra atropelladamente, no saluda a nadie, y exclama preocupado: «¡Un baño!» La mujer obesa le mira como si fuera un ente extraordinario y bastante enojoso. No se hace cargo, ni mucho menos, de la situación de aquel pobre soldado, porque lleva muchos años de no tener otra idea del mundo que la de cobrar y poner orden en el reparto de los gabinetes; por fin, tras una larga pausa, exclama la caja de bombones, con su voz apagada: «Una corona cincuenta». El soldado arroja el dinero sobre el mostrador, coje la cartulina que le entregan y se lanza a la primera puerta que ve abierta, la del número siete, por donde asoma el soldado de sanidad. La señora obesa corre a la puerta, se interpone ante ella y la defiende con su cuerpo ante el atrevido, al mismo tiempo que exclama: «Número once, haga el favor». El asistente del coronel está ya en el gabinete y pone en orden la ropa limpia.

El cazador parece desesperado. No puede esperar, porque sólo se ha dado media hora de descanso a su batallón, y ha de reanudar enseguida la marcha. Por la noche han de entrar en combate en Chyrov. Se ha adelantado diez minutos para poder tomar un baño, y ya están cerca las vanguardias de su batallón. No dispone más que de cuarenta minutos, de los cuales necesita diez para incorporarse. Se limita a exclamar: «¿Aguardar? No tengo tiempo». Y con estas cuatro palabras expresa su aficción por no haber podido tomar el baño que tanto necesita y resultar defraudadas sus esperanzas. La mujer de los baños tiene con su mano izquierda la cerradura del gabinete y con la derecha indica obsequiosamente al coronel que entre en el cuarto; pero el coronel toca ligeramente con su mano el hombro del soldado y le dice: «¡Pase V., yo volveré más tarde!» Y dirigiéndose a la mujer añade: «Deme V. el número catorce». Enseguida, suspende sus preparativos.

Entonces todos se ponen de pie y saludan con tanto respeto como si tuvieran ante ellos a un archiduque.

Y el joven soldado entra feliz en el gabinete, en busca de aquella agua caliente y limpia, que le proporcionará media hora de felicidad, media hora que le pertenece a él solamente, y durante la cual nadie le mandará.

SIEGFRIED GEYER.

(De la *Frankfurter Zeitung*)

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

La escuela de la civilización

(El señor A.)—Desengáñese V., don Subrio, la verdadera libertad, madre de la civilización, se encuentra en Francia. Y no hablemos del derecho, porque en esta materia sólo supera a nuestra vecina la poderosa Albión.

—Ciertamente en ningún país hay tanta libertad como en Francia; por eso la hemos tomado como

modelo de nuestro progreso e inspiradora de nuestras leyes. Y si no vea V. lo que ahora acontece: los principales periódicos franceses vienen medio vacíos por la censura, que suprime párrafos y artículos...

(El señor A.)—No abandona V. nunca su causticidad, don Subrio; convendrá V. conmigo, así lo creo, que la salud pública ha de anteponerse a todo, y que no debe reputarse atentoria a la libertad la tarea de la censura; esto no es más que un detalle que no afecta al fondo de las cosas.

—¡Al contrario! Si cito el rigor de la censura es precisamente para demostrar la libertad que impera en Francia; en el caso de la supresión de lo que se cree pecaminoso o imprudente, la libertad es para el censor; pero esta pequeña molestia que se ocasiona al periódico queda ampliamente compensada por la libertad en que se le deja para llamar «boches», bárbaros, incendiarios, asesinos, ladrones y otras especies del mismo florilegio a los alemanes. En cambio éstos, sometidos a un régimen de tiranía y de despotismo, cuando se refieren a sus adversarios les llaman siempre «franceses» o «nuestros enemigos». Tiene V. razón, la libertad se ha refugiado en Francia. Y no sólo son aquellas expresiones, hijas del «esprit», de la espiritualidad francesa, las que lo revelan: vea V. los periódicos ilustrados satíricos y compare V. sus sangrientos dibujos con los inocentes y anodinos de la «Lustiger Blatter» y demás colegas germanos.

(El señor A.)—¿Acaso va V. a juzgar de la situación de un país por unos pequeños detalles de la prensa?

—Yo no juzgo nada; tengo la desgracia, que verdadera desgracia es en estos tiempos que corremos, de no haber perdido la memoria, y recuerdo las circulares del Ministerio de la guerra francés ordenando se averiguara si los oficiales iban o no a misa, si las familias de ellos eran religiosas, etc., etc., y los traslados a que estas circulares dieron lugar. Recuerdo también la desgracia en que cayeron varios generales por tener la candidez de creer en Dios—¡ya ve V., creer en Dios en la edad moderna!—generales que, por cierto han tenido que ser llamados ahora y rehabilitados; no puedo olvidar aquellas famosas circulares poniendo trabas a las facultades de los jefes para castigar a sus soldados; ni la recomendación de que los oficiales no se mostrasen de uniforme, en lo posible, en las calles de París... Y no examinemos la cuestión religiosa, porque no acabaría nunca. De todo lo cual se infiere que no puede haber más libertad, y que se comprende que queramos imitar a los franceses y les envidiemos.

(El señor B.)—Y la Gran Bretaña, ¿dónde me deja V. a Inglaterra?

—Pregúntele V. a los irlandeses, y entérese V. del lenguaje que emplea la prensa irlandesa desde que la guerra ha estallado, y de las medidas que ha tomado el Gobierno de Londres. Ejemplo de la misma libertad y del mismo derecho han sido los campos de internados alemanes y austriacos, personas civiles residentes en Inglaterra, la confiscación de propiedades, la libertad de patentes y marcas alemanas y austriacas, la declaración de que ningún súbdito inglés debe nada a ningún alemán, y el decreto disponiendo que no se hagan pagos a individuos ni sociedades de las naciones con las que se está en

guerra... Medidas todas ellas que han tenido que ser imitadas por los alemanes, como lo fueron mucho antes por los franceses.

(El señor A.)—La guerra obliga a todo, don Subrio, y la existencia nacional es suprema ley.

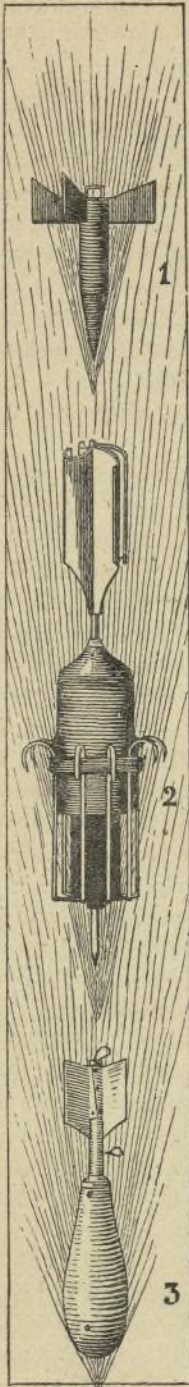
—Lo cual no es óbice para que nosotros, cuando la guerra con los Estados Unidos, ni apresáramos a los yankees que se encontraban en nuestro país, ni les confiscáramos los bienes, ni hiciéramos nada parecido. Tampoco obraron los norteamericanos entonces como ahora los ingleses, justo es reconocerlo; de lo cual se deduce que ni yankees ni españoles estamos todavía completamente civilizados.

(El señor B.)—Y de todo esto, ¿qué pretende V. deducir?

—Que estamos a mitad del camino de la civilización: cuando para detener a unos *apaches* o a unos anarquistas saquemos la artillería a la calle y derribemos a cañonazos varias casas o las volemos utilizando los más destructores explosivos; cuando sepamos aplicar los cariñosos y convincentes procedimientos de colonización de los ingleses en Egipto y la India, y de los franceses en Casa Blanca, Madagascar, etc.; cuando sepamos formar campamentos de internados, como los ingleses en el Africa del Sur durante la guerra con los boers, y ahora los mismos ingleses y franceses en su propio país, y no nos limitemos a los campos de concentración que formamos en Cuba — porque aquello sí que era bárbaro, mientras que en el Africa del S. fué humano y admirable; — así que nos hayamos practicado en esgrimir el lenguaje culto y limpio que leemos en muchos periódicos de aquellas naciones; y cuando femos la defensa de la libertad y del derecho y de la justicia y de la civilización, a los cosacos siberianos, y a los senegaleses, y a los árabes, y a los indostánicos y a los moros, entonces sí que seremos dignos de formar entre los pueblos cultos. Pero como no obramos así, ya ve V., todavía nos están echando en cara los desmanes que cometimos en la conquista de América, nuestros instintos sanguinarios en Flandes, los horrores de la Inquisición... Y nosotros somos tan infelices que creemos todo esto y más que nos contaran.

(El señor A.)—El patriotismo no nos ha de cegar hasta el punto de desconocer que en los pasados siglos cometimos algunos atropellos.

—Pero al mismo tiempo debiera mejorar nuestra vista para ver lo que acontecía en los países civilizados. ¿Recuerda V. la muerte dulce y cariñosa que se dió a Juana de Arco por los ingleses y a Calvino por su rival en protestantismo? ¿Qué me dice V. de los hugonotes? ¿Y de los tiempos de Cromwell no tiene V. nada que contarme? ¿Y de aquellas matanzas de personas reales en Inglaterra y Francia, ha habido algo que se le parezca en España? No hablemos de la época del terror, porque nunca como entonces ha florecido el derecho y la libertad: de aquellas semillas natural fué que brotase el mayor tirano de la época moderna: Napoleón. Claro es que V. sabrá perfectamente la constante intromisión que en nuestros negocios ha tenido Francia, y también Inglaterra, durante siglos y siglos, y que de entonces data la campaña implacable para desacreditarnos ante los ojos del mundo. Esa campaña aún perduraba poco antes de la guerra en Bélgica contra los generales de



1. Bomba de los aviones alemanes.—2. Bomba de los aviones franceses.—3. Bomba de los aviones ingleses.



El nuevo gobernador alemán de Bélgica, general de Caballería, Freiherr von Bissing



El mariscal alemán von der Goltz, nombrado para una misión cerca del sultán de Turquía



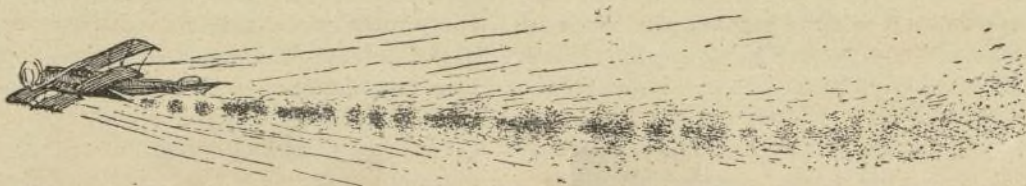
Capitán Ludecke, comandante del crucero alemán «Karlsruhe»



El general Borocevic, comandante en jefe del III ejército austro-húngaro



El general Kusmanek von Burgstatten, Gobernador de Przemysl



Los aviones franceses se valen de cohetes para transmitir partes, empleando el alfabeto Morse, cuyas letras son combinaciones de puntos y rayas

Felipe II; pero ahora ha sido substituída por otra igual o peor contra los alemanes; por desgracia para los belgas, los alemanes se aproximan en su civilización más que nosotros a los ingleses y franceses, y suelen valerse de argumentos más contundentes para defenderse.

(El señor B.)—En resumen...

—Que creo que Castelar se quedó a la mitad del camino, cuando después de sus maravillosos discursos contra las quintas y en favor de la libertad y la democracia y tal y cual, pidió, apenas llegado al poder, «mucha infantería y mucha caballería y mucha artillería y mucha guardia civil». Debió añadir, y mucha marina y mucha fuerza. Cuando nos decidamos a tener un buen garrote, y sepamos enarbolarlo y dejarlo caer con acierto, cuando nos envanezcamos de los pecadillos pasados, y los cometamos en grande escala — como nuestros maestros en civilización — cuando miremos más las flaquezas que las fuerzas — en gran parte ficticias — de los grandes pueblos, comenzaremos a ser respetados y se nos considerará dignos de figurar en el concierto de las naciones cultas. De ellas no hemos sabido asimilarnos más que los cafés cantantes y las modas de París, pero no los procedimientos expeditos, ni la arrogancia y la bravuconería. Con cuarenta siglos de existencia auestas, todavía no hemos aprendido que el derecho, la libertad, la justicia, la igualdad, y demás monsergas, sólo son patrimonio de los pueblos fuertes, que éstos aplican para sí mismos, pero no a los demás.

(El señor A.)—No le comprendo a V.

—Si el derecho de un súbdito británico pugna con el nuestro, para Inglaterra nosotros carecemos de derecho. Si la libertad de un francés es incompatible con la nuestra, se nos niega a nosotros la libertad. Si la justicia de un alemán ha de quedar comprometida por la de un español, se le despoja a éste y se favorece a aquel. Si...

(El señor A.)—Es decir, que hemos de dar a tales conceptos la significación que más nos convenga, aunque perjudique a los demás...

—Más aún: la que nos convenga y a la vez perjudique a los otros: sólo a este precio, apoyado por el garrote a que he aludido, seremos una gran nación.

SUBRIO ESCÁPULA.

LAS COCINAS DE CAMPAÑA EN LA GUERRA ACTUAL

Es la primera vez que los carros-cocinas se emplean en la guerra siguiendo a los ejércitos comba-

tientes; y la importancia de los servicios que proporcionan está fuera de toda duda.

Aunque Moltke, desde 1860, preconizaba la necesidad de cocinas transportables, sólo hace unos tres años se hicieron los primeros ensayos de las cocinas sobre ruedas, en las maniobras de los ejércitos europeos, y el resultado fué tan satisfactorio que de hecho se adoptaron en los trenes de aprovisionamientos.

La cocina sobre ruedas acompaña a las tropas a todas partes, permitiendo así que los soldados dispongan siempre de la comida suficiente y no se produzcan hechos tristes como los que se presenciaron en la guerra de los Balkanes.

Hay varios modelos de cocina de campaña, pero por lo general está constituída así: en la parte delantera el avantren, en la trasera la cocina propiamente dicha. En la primera se guardan las provisiones; la segunda contiene la caldera. El carro completo es de cuatro ruedas.

Para evitar que la comida se quemase, porque, durante el transporte, no es fácil removerla, la cocina está dispuesta de tal manera que la caldera de cocción viene a quedar dentro de otra llena de aceite, es decir, dentro de un baño de maría. El fuego se encuentra debajo de esta segunda caldera; de este modo trasmite el calor a la primera donde se cuecen los alimentos sin el menor temor de que las llamas se pongan en contacto con aquellos.

Además, cuando se ha obtenido el calor suficiente para el cocimiento de los alimentos, se puede apagar el hogar, y las viandas siguen cociéndose por el calor concentrado que va transmitiendo la caldera de aceite; también por este medio se evita el que la comida se enfríe.

Para evitar que, por cualquier sacudimiento brusco del carro, la tapa de la caldera se resbale o caiga, está cerrada herméticamente y provista de una válvula para el escape del vapor.

Además de la caldera donde se prepara la comida, el carro-cocina tiene otra pequeña para hacer el café o té y disponer de agua caliente en todo momento.

El fogón admite toda clase de combustible; lo que importa conseguir es que se caliente el aceite de la segunda caldera para que transmita el calor a la primera y las viandas.

El ejército austro-húngaro emplea, para sus tropas de montaña, unas cocinas-calderas que son transportadas a lomo de caballo, y que, por su ingeniosa disposición, como los carros-cocinas, prestan utilísimos servicios.

J. C. GUERRERO.

Berlin, 10 diciembre, 1914.

CRÓNICA MILITAR

I. Algunos detalles sobre el alto mando alemán.—II. Operaciones en Persia.—III.—La batalla de Crouy.—IV.—La situación el 24 de enero

I.—Algunos detalles sobre el alto mando alemán

Tanto en la campaña de Bohemia en 1866, como en la franco-alemana de 1870-71, el mando en jefe

del ejército alemán lo asumió nominalmente el rey de Prusia, pero la dirección de las operaciones estuvo confiada al general Moltke, jefe del Estado Mayor general. En la presente, el Kaiser manda los ejércitos que combaten en las dos fronteras, pero

hay algunas diferencias en la manera cómo se ejerce de hecho este mando.

El rey de Prusia y luego emperador de Alemania Guillermo I aprobaba invariablemente los consejos de Moltke, y, poco después de comenzada la guerra de 1870, este famoso general resolvía por sí mismo en todos los casos urgentes, sin perjuicio de dar cuenta a su soberano.

En la presente guerra, el Kaiser comenzó por emplear el método ya tradicional en Alemania, aunque reservándose un papel más activo y una intervención más directa en el mando; su cuartel imperial, con el jefe del Estado Mayor von Moltke, sobrino del célebre mariscal, llevó la dirección de las operaciones en las dos fronteras, hasta que se puso enfermo aquel general; pero ya antes de que ocurriera esta contrariedad, se puso de manifiesto el error inicial cometido, consistente en relegar a segundo término la campaña contra Rusia y no tener en cuenta la acción de Inglaterra; si la culpa de no haber previsto la prematura concentración del ejército moscovita no recae sobre el ministerio de la Guerra, sino sobre la diplomacia, no puede decirse lo mismo en lo que toca a la intervención de Inglaterra. El nombramiento del general von Hindenburg para el mando del ejército de la Prusia oriental marca el principio de una nueva era en los métodos del cuartel imperial. Todavía siguió éste entendiéndose en los negocios de las dos campañas, la oriental y la occidental, pero a raíz de las victorias contra los dos ejércitos rusos del Narev y del Niemen, apareció ya una división de mandos, que se hizo efectiva poco después, cuando dicho general, promovido luego a mariscal, tomó el mando de todos los ejércitos alemanes del E. Desde últimos de octubre, el jefe del Estado Mayor general no interviene ya en las operaciones contra Rusia, que han quedado encomendadas al general Hindenburg; sigue siendo nominalmente el Kaiser, y ello es natural, el jefe de todas las tropas, pero tiene la prudencia y el tino de ir lo menos posible al teatro de oriente, para que su presencia no sea jamás un estorbo ni pueda cohibir la libertad del jefe del ejército. El gran cuartel imperial continúa dirigiendo la campaña en la frontera del oeste, como antes.

Digna de elogio es esta división de mandos, porque es imposible que una misma persona o un grupo de ellas se encuentren en aptitud de juzgar con acierto la situación militar en los dos teatros y estén capacitadas para adoptar con premura las disposiciones que las circunstancias vayan aconsejando. Si Napoleón ha sido tan censurado, con razón, por su empeño de dirigirlo todo y anular a sus mariscales, no menores censuras hubiera merecido el alto mando alemán si, despreciando las lecciones de la realidad, persistiera en centralizar en sus manos la dirección de las dos campañas.

Casi todos los príncipes alemanes se encuentran en el ejército, desempeñando mandos en armonía con sus jerarquías y sus futuros destinos. El hecho no es nuevo, porque aconteció lo mismo en las campañas anteriores; pero así como en las del 66 y 70, los jefes de Estado Mayor fueron casi siempre los que dirigían los ejércitos o cuerpos de ejército que tenían los príncipes bajo su mando, es notorio que en la presente campaña el papel de dichos príncipes

es más activo y de hecho son más jefes que lo fueron sus predecesores. Ello es consecuencia de la excelente preparación militar de los individuos de las casas reinantes y del extraordinario prestigio que les rodea. Hay que reconocer que la presencia de los príncipes entre las tropas, empezando por el Kaiser, sin substraerse a los peligros de la guerra (varios de ellas han pagado con la vida su valor, y uno de los hijos del emperador fué herido), sirve de alto ejemplo a todo el imperio y refuerza extraordinariamente la moral y el buen espíritu de la tropa.

Otro hecho desusado en los métodos alemanes es el ascenso de varios generales en plena guerra, más que eso, en pleno desenvolvimiento de las operaciones. En 1870, fueron muchos los tenientes generales que comenzaron y terminaron la campaña, ostentando este empleo, habiendo conseguido repetidas victorias, sin un ascenso. La espléndida victoria de Sedan valió a Moltke un ascenso en la escala de nobleza, de barón a conde, pero su categoría militar siguió siendo la misma. En la presente guerra, von Hindenburg ha sido promovido a mariscal antes de terminar las batallas en Polonia, y su jefe de Estado Mayor, von Ludendorf, fué ascendido, por la misma razón, de general de brigada a general de división. El general de caballería von Mackensen, comandante del ejército alemán de Polonia, ascendió igualmente a coronel general. Otros varios nombramientos se registran, pero no de tanta significación. El modo de ser de nuestra época ha podido más que la costumbre y la tradición, y los alemanes no han querido ser una excepción. Los más de los generales ingleses, en efecto, que pelean en el N. de Francia, han sido promovidos a la jerarquía superior inmediata, y en el ejército francés hay comandantes de cuerpo de ejército que apenas hace seis meses no eran más que simples coroneles.

Como se comprende, estas promociones llevan envueltas casi otras tantas destituciones. Las ha habido en el ejército francés, en número crecido, y también en el alemán, pero la cortesía aconseja reservar los nombres. Una de las destituciones que más llamaron la atención general en su época, y que parecieron menos motivadas en los países del S., fué la del general von Steinmetz, en 1870. El general mandaba en jefe el primer ejército, y obtuvo, con los cuerpos de ejército que dependían directamente de él, varias victorias, desde la de Spicheren a las que precedieron al sitio de Metz. No obstante, la capitulación de Bazaine, que despertó un júbilo inmenso en Alemania, significó para Steinmetz la entrega del mando; esta medida se debió a que el general no demostraba la bastante previsión, ni sus tropas operaban con el debido enlace y concierto, tanto mutuo como con las demás. El rigor desplegado con un general siempre victorioso fué uno de los fundamentos de la aptitud del generalato alemán, demostrándose que en aquel imperio no basta vencer, porque el triunfo puede deberse sólo a torpeza del enemigo, sino hacerse digno de lograr la victoria.

Finalmente, es de notar que el gran cuartel imperial no da a conocer los nombres de los generales que mandan los ejércitos, sino cuando han obtenido una victoria digna de este nombre. Es como un premio que se reserva al favorecido por la fortuna.

II.—Operaciones en Persia

Con fecha 14 de enero, el Estado Mayor ruso ha publicado un comunicado oficioso, relativo a las operaciones en el Cáucaso, que parece calcado de los que dió a conocer después del desastre que siguió a la invasión de la Prusia oriental y a raíz de las derrotas de Lodz. A grandes rasgos, lo acontecido en aquel lejano país es lo siguiente:

Trabajados los persas por los manejos de los rusos y de los turcos, una parte de los elementos oficiales y no escasa porción de la población, se pusieron al lado de los rusos, facilitando la entrada de éstos, que avanzaron sin apenas resistencia, corriéndose a lo largo de la frontera turco-persa, para amagar de flanco y aun de revés todos los movimientos que pudieran intentar los otomanos en dirección al N. Otra parte de la población y no pocos funcionarios tomaron partido por los turcos, reclutándose en pocos días un contingente irregular de 25.000 kurdos, que sólo esperaban el apoyo de las tropas turcas para entrar en campaña.

La atrevida marcha de los turcos sobre Ardahan llamó la atención del enemigo hacia esta parte, y los rusos hubieron de desatender el teatro secundario de Persia, para concentrar sus tropas en el Cáucaso. Quedaron, por consiguiente, las escasas fuerzas que tenían en Persia abandonadas a sí mismas, de suerte que cuando los turcos pasaron la frontera por tres puntos, se propagó rápidamente el movimiento anti-ruso, y millares de insurgentes se lanzaron contra los moskovitas. Derrotados éstos por los turcos en los primeros combates, reñidos a corta distancia de la frontera, fueron retrocediendo paulatinamente, y evacuaron todo el territorio, cayendo la capital de la provincia fronteriza de Azerbaijan, Tabriz, en poder de los turcos.

Estas operaciones no han tenido mucha importancia militar, pero si los turcos saben aprovechar las ventajas estratégicas conseguidas, las consecuencias pueden ser importantes. Mientras los rusos sólo han tenido que vigilar y defender la frontera suya con Turquía, es decir, el Cáucaso, de tan difícil paso en esta época del año, les bastaban tropas relativamente débiles para hacer frente al enemigo; pero si Persia toma partido por los turcos y queda abierta a éstos, el frente de ataque se ensancha notablemente y están a disposición de los turcos los puntos más débiles de la frontera natural; al mismo tiempo, han descartado los otomanos la amenaza de ser atacados de flanco.

Casi todas las tropas rusas que había en Persia se han concentrado en las faldas del monte Ararat, y se anuncia que nuevos refuerzos han sido despachados en aquella dirección.

III.—La batalla de Crouy

Los ingleses se apoderaron, a mediados de septiembre, de los pueblecitos y alturas que se encuentran en la orilla norte del Aisne, al otro lado de Soissons, consiguiendo mantenerse en ellos a pesar de los violentos ataques de los alemanes. Desde entonces se creó un estado de equilibrio en aquella parte, que se mantuvo hasta fin de año sin variación apreciable. La situación del cuerpo aliado en la orilla

izquierda, con el río a la espalda, era algo comprometida, pero como deparaba a su ejército un punto de paso, una excelente y amplia cabeza de puente por donde desembocar contra el centro enemigo, se había puesto la mayor energía en conservar las posiciones conquistadas en septiembre, esperándose que prestarían excelentes servicios el día en que se tomara una resuelta ofensiva en aquel punto.

La vía férrea de Soissons a Laón pasa por el pueblo de Crouy, más allá del cual abre un valle de poco más de un kilómetro de anchura, limitado por dos alturas: la de la izquierda o del O., es la dominante y se la conoce por el nombre de colina 132 (que es en metros la cota de la altura), y la del E., más baja, se denomina de Perrière y va a enlazar con la de Vregny. Esta última, Crouy y Cuffies estaban en manos de los franceses, pero los alemanes seguían ocupando la colina 132.

El 8 de enero, los franceses atacaron brillantemente la altura 132, consiguiendo ganar terreno en la ladera del S., y rechazar los contraataques del enemigo, no obstante la energía de éste. La lucha continuó indecisa el día 9, y el 10 todavía consiguieron adelantar un poco más los franceses; pero en la mañana del 11, cuando ya la energía del atacante comenzaba a debilitarse y la fatiga se había apoderado de las tropas, el general von Kluck ordenó el ataque general. Los alemanes no se limitaron a luchar en la altura 132, sino que asaltaron también la de Perrière y descendieron bruscamente por Cuffies. Perrière cayó en poder de los alemanes el mismo día, y como desde aquella colina se domina el valle de Crouy y la carretera a Soissons, y desde Cuffies se enfila el otro camino a la misma ciudad, quedó cerrado el paso a los refuerzos que los franceses intentaron enviar desde Soissons. Por consiguiente, la toma de la altura 132 ya no fué dudosa: los alemanes se apoderaron de ella el día 11 antes de cerrar la noche, y con su pérdida se hizo imposible a los franceses continuar en los pueblos de la orilla izquierda del Aisne, que hubieron de evacuar.

En estas operaciones para nada influyó la crecida del río, porque los puentes de circunstancias continuaron prestando sus servicios de todos los días.

Este combate de Crouy demuestra los peligros que acarrea el empeñarse en una ofensiva persistente cuando no se dispone de refuerzos y reservas al alcance de la mano y que puedan acudir sin pérdida de tiempo así que lo aconsejen las circunstancias. Si en la tarde del día 10 los franceses hubieran enviado al otro lado del río una o dos brigadas, es muy probable que no tuvieran que lamentar este descalabro; pero confiados en su avance y en la pasividad demostrada por el enemigo durante tres meses, no esperaban que von Kluck emprendiera un doble ataque de flanco y resolviera en pocas horas un problema que estaba planteado desde septiembre. Estos son también los inconvenientes de los ataques lentos y poco enérgicos; si el enemigo dispone de fuerzas suficientes para emprender con energía un contraataque en el momento oportuno, la victoria le acompañará casi siempre, y esta victoria le costará menos bajas y pondrá en sus manos mayor botín, que si se obtiene por un ataque que no haya sido precedido por una defensiva táctica. Tal como está la situación en Francia y con las formidables lí-

neas de trincheras en que se escudan los dos beligerantes, no está el peligro en avanzar, sino en el retroceso que sigue al ataque rechazado.

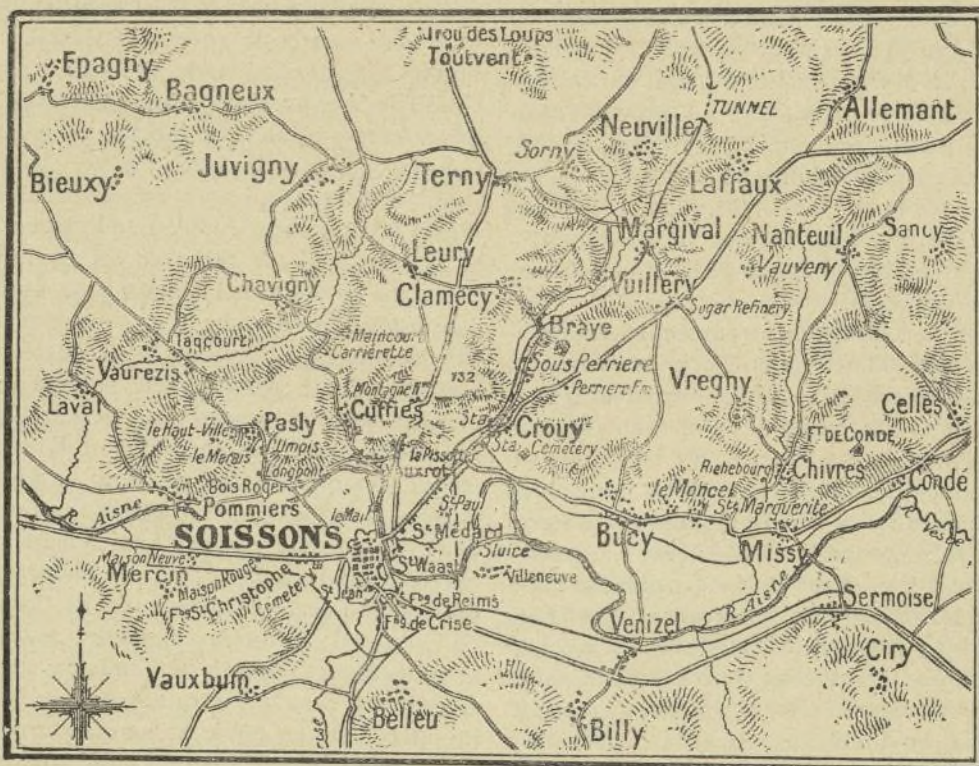
IV.—La situación el 24 de enero

El mal tiempo ha paralizado las operaciones en Bukovina y Galizia. No se ha confirmado la entrada de los rusos en la Transilvania, aunque insisten en que está en sus manos uno de los pasos de la cordillera limítrofe. En Polonia del S. y al SE. de Cracovia han tenido lugar algunos combates sin importancia.

Al O. de Varsovia la situación continúa estacio-

sobre si se ha efectuado ordenadamente o no. Las tropas derrotadas en Sarykamysch, se replegaron al interior del territorio turco, librando un combate de retaguardia en Kara-Urgán. No parece que, por ahora, los rusos traten de invadir seriamente el país enemigo, porque no se han advertido movimientos de tropas moscovitas hacia Erzerum. En Persia tampoco ha acontecido nada de particular, después de la evacuación de aquel reino por los moscovitas.

En el teatro occidental han menudeado los duelos de artillería y los pequeños combates de infantería, pero sin resultados apreciables para ninguno de



itaria. Se ha confirmado que los alemanes han retirado de aquel sector la masa principal de sus fuerzas; lo mismo han hecho los rusos. Estos últimos muestran actividad al N. del Vístula, habiendo efectuado una tentativa de avance en dirección de Thorn, si bien la extrema vanguardia se ha detenido a 40 kilómetros de esta fortaleza. Coincidiendo con esta maniobra, se señalan movimientos de tropas alemanas cerca de Mlava y junto a la orilla derecha del Vístula, lo cual hace presumir que la lucha va a empeñarse en este último sector, y que en el Bzura y en el Ravka los dos ejércitos se mantendrán a la expectativa. También se advierte movimiento de tropas en la frontera de la Prusia oriental, donde últimamente los rusos habían intentado una diversión. Las masas principales del ejército alemán del E. se ignora dónde se encuentran. Parte de ellas deben estar, según se ha indicado, al N. del Vístula, pero el resto no se sabe a dónde se ha dirigido. Lo mismo sucede en el campo ruso, que ha sido reforzado con numerosas tropas, cuyo efectivo se hace ascender a un millón de hombres, cifra exagerada a todas luces.

Reina confusión sobre las operaciones en el Cáucaso. Los turcos que adelantaron hasta Ardahan se han retirado, pero nada se ha dicho en los partes oficiales acerca de la dirección de este repliegue, ni

los dos bandos. La ofensiva francesa se ha paralizado por completo, y a menos que mejore pronto el tiempo no es de creer que sean los aliados los que se lancen a un ataque resuelto y con grandes fuerzas.

Lo más interesante ha sido el bombardeo de Yarmouth y otras poblaciones inglesas por una escuadrilla de dirigibles alemanes, probablemente cuatro, distribuidos en dos secciones. Militarmente parece que este hecho no tiene importancia, pero su gravedad es inmensa y extraordinaria su significación, porque demuestra del único modo como se deben demostrar estas cosas, que no es imposible—como pretendía la prensa franco-inglesa—la llegada de los zepelines a Inglaterra, y revela que están a punto de terminar, o por lo menos muy adelantados, los preparativos que se hacían para esos ataques aéreos; se presenta ahora un nuevo peligro para la flota británica, y vuelve a cobrar importancia la guerra naval, a la que dedicaremos un apartado en la Crónica siguiente.

Los ingleses afirman que han concentrado ochenta mil hombres en Egipto, los más de ellos en la región del canal. Ha habido pequeñas escaramuzas, sin importancia ninguna, cerca de la desembocadura del Eufrates.

JUAN AVILÉS
Teniente Coronel de Ingenieros

24 de enero de 1915.